

El conservadurismo en la formación de la identidad nacional latinoamericana

MARTA LOZA*

Introducción

Las historias nacionales del siglo XIX congelaron concepciones que nublan la visión actual y realista sobre la identidad latinoamericana y pueden obstaculizar proyectos sociales y democráticos. Políticos e intelectuales de las naciones recientemente formadas, buscaron consolidar identidades exclusivas, generando un proceso endógeno privativo respecto a otros; la realidad geopolítica contribuyó también a recrear identidades defensivas, reciclando inclusive ciertas visiones restauradoras de antes de la independencia, en afán de conservar intacta la *auténtica* cultura latinoamericana ante el norte poderoso. Ambas reafirmaciones han hecho hasta hoy, observarnos como productos heroicos, sacralizando al nacionalismo y los símbolos de la patria por encima de dinámicas sociales más universalistas. Somos, concordando con uno de los especialistas en la materia, Rafael Rojas (2009), víctimas de un *conservadurismo romántico*. Se presentan a continuación algunas observaciones aún muy generales de la Identidad Nacional Latinoamericana pos-independentista, sus contextos, los discursos, agentes y problemas.¹

Las contradicciones de la Identidad Latinoamericana

Históricamente, en la conformación general de la identidad de los latinoamericanos se pueden ubicar dos momentos claves. Primero, cuando se fundan los elementos de identificación cultural amplios, iniciados quinientos años atrás y asociados a lo étnico y a la dinámica simbólica y religiosa; si bien transformados a lo largo de los siglos, sustentan en lo profundo, la relación social y la imagen de sí y para los demás del latinoamericano contemporáneo. Su época inaugural es a partir del *choque de la conquista* y la creación de un orden basado en el dismantelamiento de las estructuras derrotadas. Su institucionalización es el régimen colonial, vigente aproximadamente por 300 años.

Es el proceso que fundó las bases de la identidad sociocultural de América Latina, ya que a partir del mestizaje entre las tres grandes razas que se encuentran, se oponen y se mezclan, la india, la blanca y la negra, asienta la relación entre los valores étnicos, lingüísticos y simbólico-religiosos, provocando en su conjunción el sistema ideológico, estético y espiritual que le daría a la futura América Latina aquellos rasgos muy particulares. Tomando una de las definiciones de identidad, es cuando se inauguran los rasgos propios de la colecti-

* Profesora-Investigadora, Departamento de Estudios Ibéricos y Latinoamericanos de la Universidad de Guadalajara.

¹ Este material es un avance de la investigación "El debate sobre la identidad nacional en América Latina: los fundadores", desarrollado en el Departamento de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Guadalajara.

vidad que la caracterizan frente a los demás; dan la conciencia que se tiene de sí misma y distinta a las demás (RECONDO, 1997). Estos principios se interiorizaron de tal modo que constituyen criterios de la acción *privada* de sus individuos y forman la densidad del *sentido común* de la población.

Una de las señales más claras al respecto es la religiosidad actual, que reproduce la mística y espiritualidad fundada en aquellos años, definida, independientemente de su nominación, por ritos y mitos sincréticos. Otro rasgo es que, si bien la valorización de sí mismas que tienen las múltiples comunidades socioculturales en el continente varía por su pertenencia, su rol social, su poder económico, entre otros, otorgándole un valor *multívoco* a la identidad latinoamericana, hay coincidencia que no somos directamente aquellos indios, blancos o negros de “origen”, y si productos del mestizaje –excepto comunidades específicas que se reivindicaban como tales.

El segundo proceso identitario que contribuyó a internalizar la imagen de lo que somos y proyectarla al exterior es precisamente la creación de los códigos nacionales-regionales, cuya base es el proceso independentista, y que se institucionalizarán en el Estado-nación luego de 1848.² Es entonces cuando para el latinoamericano contemporáneo se funda la identidad sociopolítica, cuando se objetiviza una conciencia como colectividad y se afirma ante las demás, ante la comunidad internacional.

Aquí, algunos de los valores socioculturales fundados en el primero momento, se reconocerán y registrarán como parte de los Estados nacionales y su “cultura política nacional”, constituyéndose en valores *públicos*; formarán parte, a decir de Jorge Larraín (2004), del artefacto cultural, de una clase de “comunidad imaginada”, que operará a partir de la producción de significados e historias con los cuales los individuos tenderán a identificarse.

Ambos momentos se complementan mutuamente, ya que las valorizaciones privadas se constituyen como criterios *públicos* de la acción de las naciones, las cuales, al “elevarlas” a instituciones, les otorgan características por encima del individuo, las hacen parte de la estructura cultural de un sistema social, reproduciéndose y cambiando a lo largo del tiempo, pero conservando los valores fundacionales como núcleo del sistema social.³

De esa manera, la identidad de los latinoamericanos va unida irremediabilmente a la *cultura política* formada por los principios que crearon su estado nacional. Los códigos más profundos

de interpretar al mundo material e inmaterial se ven tocados por cómo los poderes fácticos generaron un ambiente social en que el habitante de cualquier región despliega las relaciones entre sí y que van transformándose a lo largo de la historia.

Hacemos notar tres características que definen a nuestro parecer la cultura política en América Latina.

Exclusividad egocéntrica. Al momento de formar las naciones, las nuevas elites políticas, aunque de diferentes regiones y lejanas entre sí, coincidieron en estructurar identidades exclusivas, motivadas por intereses de señoríos regionales en afán de consolidar y preservar sus patrimonios económicos y políticos, generando un proceso endógeno, egocéntrico, que acabó en una actitud “privativa”, auto-protectora y de reacción confrontadora aún entre naciones similares, fenómeno observable en la primera mitad del siglo XIX.

Atavismo sociopolítico. Al mismo tiempo, frente a la realidad geopolítica continental, buscando conservarse intactos ante Estados Unidos cada vez más poderoso e invasivo, los nuevos poderes nacionalistas, al mismo tiempo que se declaraban herederos de la modernidad, fortalecieron principios que según ellos ratificaban singularidades culturales e ideológicas de raíz ibérica, consideradas como propias, frente al “otro”, el norte sajón. Características de organización social de antes de la independencia se irguieron como identitarias de lo latinoamericano, y al formar parte del discurso nacionalista, indirectamente acabarían justificando instituciones como el catolicismo dogmático, el poder clerical, los cacicazgos, las castas raciales, los padrinzgos, que al final resultaron útiles para la preservación de los intereses de las élites criollas, defensoras de la *latinidad* y posteriormente las elites oligarcas de principios del siglo XX, que asumieron el discurso *antiimperialista*.

Apología patriótica. El discurso nacionalista, sobre todo en la ex Hispanoamérica - aunque Brasil no se escapa totalmente del fenómeno-, aprovechándose del doloroso proceso de las revolu-

2 Después del apaciguamiento de la guerra, estaban definidas grosso modo los poderes locales, las demarcaciones territoriales y Estados Unidos había arrebatado a México más de la mitad del territorio (ver Loza “Panorámica de la relación de México con Estados Unidos, autonomía y conflictos actuales” en *Revista Economía Política e História Econômica*)

3 Esta idea toma los elementos básicos de la conformación sociológica de la cultura, clarificada por clásicos como Emilio Durkheim, Luckman y Berger – la construcción social de la realidad- o Giddens – La constitución de la sociedad, bases para la teoría de la estructuración.

ciones de independencia, exageró los rasgos de heroicidad en la formación de las naciones, que hasta hoy sacraliza a la patria y sus símbolos- y hasta hace poco, a sus élites y castas militares; tal apología es instrumentada por el Estado nacional para justificar históricamente su proceder, ya que de una u otra manera, las naciones contemporáneas se dicen ser resultados de las gestas heroicas.

Estas tres características, valores de los nacionalismos, pero sobre todo, manipuladas por sus élites, están a nuestro parecer, en el fondo de la identidad nacional en Latinoamérica y crea sus contradicciones.

Una primera contradicción se encuentra en el hecho que el discurso de la “cultura nacional” en cada país, se formó por símbolos y valores homogeneizados, que en el intento de crear las “esencias” válidas para todos los habitantes abrazados en fronteras rígidas, acabaron estereotipando rasgos que a lo largo del tiempo se convirtieron en camisas de fuerza que obstaculizan el desarrollo de hábitos más acordes con las necesidades contemporáneas, y no permiten reconocer las nuevas formas de relación social existentes que poco tienen que ver con aquel pasado remoto, como la imagen de familia, de espiritualidad, de sexualidad, por ejemplo.

La segunda contradicción en cuanto a la cultura política, es la disociación doctrinaria entre los valores de la modernidad y las prácticas políticas; mientras se cristalizaron en las Constituciones de cada país principios que respondían a un diseño de modernidad política heredados de la revolución francesa— reglas, normas, códigos que atienden la división de poderes, la formación de repúblicas, el pacto federal, hasta compromisos democráticos—, no fueron correspondidos con las prácticas de la mayoría de los gobernantes, máxime de los poderes regionales.⁴

El nuevo ciudadano latinoamericano se vio entre la tensión de cumplir con la formalidad político-administrativa modernas y la necesidad de negociar con los caciques-señores-coroneles, pensando además, bajo instituciones coloniales, presión que se vive hasta hoy. La manera en que los habitantes de Latinoamérica han tenido que lidiar con esta situación contradictoria ha constituido las características amplias de una identidad de América Latina: una forma de ver el mundo, de interpretar los problemas, de solucionar los desafíos con habilidad ingeniosa, que usa la recuperación de su memoria y recrea hábitos en un proceso de mestizaje continuo e histórico.

Podríamos decir que las habilidades culturales desarrolladas por cada grupo —e individuo— para afrontar estas contradicciones, convirtieron situaciones de *adaptación* a circunstancias concretas —lidiar con los poderes civiles, religiosos económicos, burocráticos- en una conducta que se volvió *costumbre* para situaciones generales. Consideramos que la identidad latinoamericana está marcada por conductas improvisadas, ingeniosas, muchas veces dramáticas, para librar situaciones en todos los planos— representada muy bien por aquello que los brasileños llaman “*o jeitinho*”, una manera de proceder marcada por la *malicia*, una mezcla de desconfianza y astucia.

Estos rasgos para los grupos poderosos y sus medios de comunicación, se han banalizado como representaciones curiosas de la idiosincrasia y el “folklor” del latinoamericano, sobre todo del más excluido. Para la cultura política democrática, sin embargo, constituyen conductas peligrosas en tanto provocan actitudes de simulación y de indiferencia contrarias a una toma de conciencia de derechos y de obligaciones civiles; es decir, los estereotipos frustran o retardan la creación de una *institucionalidad* surgida de las propias necesidades ciudadanas, misma que idealmente debería mandar por encima de acuerdos personalistas, de compadrazgo, clientelares, tan comunes en la política continental.

La visión de los triunfadores, elites criollas y tensión sociocultural

La necesidad intelectual en el siglo XIX era crear *el código* que rigiera los nuevos Estados y lateralmente la creación de *la gran narración* que le diera sentido de pertenencia a sus habitantes. La narración de los grandes hechos que construyeron las diferentes naciones latinoamericanas tuvo —y tiene— la función vital de construir la *memoria colectiva*. Un proceso nada simple que va más allá de recolectar eventos pasados, los reconstruye bajo criterios específicos; esto significa por tanto, la presencia de *intereses y necesidades* en los discursos, que a partir de cómo nos son contados, provoca sentimientos y acciones específicas.

4 Un fenómeno social que Giddens establece como la diferencia entre “conciencia discursiva” – argumentos articulados y expresados para dar consistencia a una estructura-, representada en el continente por el discurso nacionalista y “conciencia práctica” – cuando los agentes actúan dependiendo de sus motivaciones, objetivos y circunstancias- que se intenta conciliar en el marco de la interacción social (1998), constituyendo piezas claves de la identidad en Latinoamérica.

La reconstrucción de los hechos y la interpretación de los relatos surgidos en la en la época post-independentista en una dimensión tan extensa y diversa, constituye un enorme reto para la historiografía latinoamericana, cuya tarea ha arrojado similitudes que pueden presentarse como características comunes a todas las regiones.

Una constante que marcan las historiografía son las primeras *identificaciones políticas* en cada territorio. Para mediados del siglo XIX, la mayoría de naciones afirmaron el *valor de autonomía* frente al imperio español o portugués.⁵ Otro tipo de afirmación fue la *erradicación de los poderes coloniales* locales y regionales –excepto la iglesia católica–, por las élites criollas, que crearán paulatinamente nuevos dominios. En el debate sobre el tipo de nación a formar, se manifestará mayoritaria y abrumadoramente la *República* por encima de la Monarquía. Si bien los debates sobre el tipo de poder republicano que debería de gobernar continuaron –inclusive hasta la actualidad–, en las naciones latinoamericanas se afirmó el *Ejecutivo* sobre el Legislativo.

A nivel Geopolítico, desde antes de la independencia se dio la Identificación paulatina con naciones liberales en términos políticos y económicos: Inglaterra/Francia/Estados Unidos, pero luego de la autonomía, se priorizó la práctica económico-liberal que se contradecía con el modelo de valores políticos coloniales; un resultado de esto fue la asimilación del nombre “América Latina”.

Tales identificaciones en términos políticos, crearon el núcleo institucional del Estado, y se intentarán acompañar con la creación de una cultura e identidad nacional, misma que el discurso nacionalista centralizaría, homogeneizando a todos los grupos sociales y etnias, pasando por alto tanto las características como las necesidades de la mayoría de ellos.

El proceso de homogeneización de la cultura nacional, fue implementado por los grupos dominantes. La historiografía latinoamericana ha registrado que quienes tuvieron acceso al mundo de las letras, las ciencias, la filosofía y la política fueron las élites criollas, que además eran plenas conocedoras de su realidad por ser agentes económicos y participaban de la administración colonial. Portadoras de de proyectos particulares, coincidían a lo largo y ancho del continente bajo el objetivo de lograr la autonomía, convirtiéndose en protagonistas directas de la lucha.

Con semejante capital social, intelectual y económico se irguieron como triunfadoras, de la

guerra y del discurso. Como bien menciona John Lynch, si había una idea clara de “nación” era entre los criollos, mientras que la imagen era oscura en las castas y nula entre indios y negros (2008). De esa manera, en las grandes narraciones post-independentistas no sólo dejaron plasmado el interés político que perseguían; las historias nacionales se encargarán de reproducir su forma de concebir el mundo, la sociedad y la nación. (PALACIOS, 2009).

Sin embargo, la creación no fue ni rápida ni mucho menos simple. Los diferentes grupos criollos – y en menor medida las etnias, como en México y Venezuela–, que durante la crisis colonial actuaron unidos bajo el objetivo de expulsar al poder metropolitano y por la autonomía – vía revolucionaria en Hispanoamérica, o vía del pacto y negociación en Brasil–, luego de conseguir la autonomía y ante el enorme desafío de construir el modelo de nación, se confrontarán irremediablemente entre sí, constituyéndose en grupos de interés, cada uno, con mayor o menor claridad, cargados de matices respecto al proyecto nacional.

En las ex colonias, salidas de una guerra, con violencia latente y con incerteza del futuro pese al entusiasmo, la idea de crear nuevas formas, que además no eran homogéneas, abonaba al desconcierto. La homogeneización serviría inicialmente para resolver los constantes conflictos políticos en una región americana que era “demasiado vasta y demasiado vaga”, (LYNCH, 2008), así surgirá la fuerza de la “patria” como elemento aglutinador. Los grupos de interés más o menos pactaron alrededor de los grandes valores nacionales, imagen que fue consolidándose con el tiempo.

Los discursos nacionalistas también tuvieron la misión de crear identificaciones para superar la ansiedad – social y psicológica–, que provocaba el deslinde y separación de lo que hasta entonces era conocido: el viejo orden colonial, que por 300 años había dado las *certezas de pertenencia* a los habitantes de la región, quienes sabían que *espacio* se ocupaba, el *lugar* racial y económico que les correspondía y el *imaginario* que respondía a sus preguntas elementales.

5 Si bien Cuba y Puerto Rico alcanzarían su independencia de España hasta 1898, los intelectuales y políticos revolucionarios pugnaban por el mismo valor. Haití, aunque tempranamente alcanzó su independencia, la dependencia económica hacia Francia impidió madurar su proyecto autónomo, luego frustrado mayormente por las invasiones estadounidenses. Las demás Islas del Caribe experimentarían otra clase de proceso respecto a los poderes coloniales.

Era un mundo cultural conocido perfectamente por las élites criollas, que les permitió desarrollarse y del cual eran reproductoras también; eran, por tanto, racionalmente conscientes de su valor. Además, ahora se enfrentaban como agentes plenos de la política nacional ante castas mestizas y etnias que les resultaban ajenas y distantes, pero que comenzaban a exigir un lugar en el nuevo proyecto y sólo echando mano a los valores conocidos, podían superar el reto de crear la patria.

Así, las elites criollas, armadas de su capital social e intelectual y con poder económico-político, acabarán por implementar las pautas públicas dándose a la tarea de seleccionar las características, símbolos y experiencias colectivas del pueblo que fueran apropiadas y excluyendo a otras; se da “[...] la idea de ‘nosotros’ en contraposición de ‘ellos’. Se exageran las diferencias con el objetivo de resaltar el perfil de la identidad propia.” (LARRAIN, 2004, pág. 56). Se yergue oficialmente una “comunidad moral”, que expulsa de la comunidad nacional, los rasgos, las costumbres y los discursos de los grupos marginados.

En este discurso selectivo los más afectados eran indios y negros, quienes además de ser “despojados de sus propias y singulares identidades historias”, nos dice Aníbal Quijano en su célebre análisis “La Colonialidad del Poder”, también “[...] implicaba el despojo de su lugar en la historia de la producción cultural de la humanidad. En adelante no eran sino razas inferiores, capaces de producir sólo culturas inferiores” (2000, pág.12)

El discurso nacional surgía con la patria como baluarte, en que se articulaban los principios políticos republicanos y una idiosincrasia oficializada y discriminatoria, que unificó a la nación pero no fue fiel a la cotidianidad social. Este terreno es señalado también por la historiografía como otra constante en Latinoamérica: la *tensión sociocultural* implicada en la identidad nacional de cada Estado, y que, continuando con el análisis de Jorge Larraín (2004), sintetiza oportunamente, al decir que en su interior se encuentran en conflicto dos *polos culturales*, uno referente a las bases culturales del pueblo y el otro, la esfera de los discursos articulados, creados fundamentalmente por los agentes del poder. Son símbolos como ceremonias, celebraciones, tradiciones, días nacionales, desfiles militares, bandera e himno, creados por el Estado para articular la comunidad imaginada conocida como nación, cuya intención es hacer creer que sólo hay una única versión verdadera y evolucionada de la identidad nacional (LARRAIN, 2004, págs. 54-57).

El conflicto de ambos polos se refleja de manera evidente en la disparidad de los ritmos entre la imagen de identidad nacional y de la dinámica sociocultural. Esta, al estar en un proceso de cambio, aunque a veces lento pero continuo, rebaza los contenidos de los discursos y sus símbolos; la tendencia por conservar los argumentos, relacionado a la conservación de poder de grupos retardatarios, obstaculizó las transformaciones y negó la existencia de nuevas conductas sociales, políticas y culturales de la población latinoamericana. Pero en aquel contexto no estaba sobre la mesa de debate la concepción de identidad como un proceso múltiple, continuo e inacabado, que no puede ser acomodado como un ramillete de flores a gusto del jardinero.

Debilidad del sentido de nación, colonialidad del poder y principios conservadores del nacionalismo latinoamericano

El sentido de nación, implica la integración de los grupos diversos habitantes en un territorio, bajo un proyecto abarcador que intente representarlos, si bien no exenta las confrontaciones entre proyectos diferentes, intentará crear una imagen de *conciencia colectiva*, en que cada necesidad y demanda esté representada. Sin embargo, en América Latina del siglo XIX, fue sustituido por el discurso de *ideología nacionalista*, que sufriría, a decir de Gregorio Recondo:

[...] perversiones de las asimetrías políticas y colonialismo cultural [y] pasó a significar la voluntad de tiranos y sicarios que pretendían anular todo particularismo u oposición [...] Para los dictadores hispanoamericanos, lo nacional no admitió pluralismo o divergencias en su interior. Lo nacional era considerado algo preexistente, fundacional, estático y bendecido desde el poder (1997, pág. 111)

El Estado era el objetivo y había una necesidad de protegerlo en su novatez, pero esas historias nacionalistas nacieron “como forma de justificar no tanto al Estado nacional, sino a sus ocupantes, y desdibujar la presencia de los adversarios y, sobre todo, de los grupos subalternos” (PALACIOS, 2009, pág. 10).

El Estado, hijo de la modernidad, aunque implique y desarrolle en cierto sentido una comunidad en la que los ciudadanos se sientan representados, porque supone una estructura de poder con “igualdad legal, civil y política para gentes socialmente desiguales” (QUIJANO, 2000), no se desarrolló de esa manera porque se sustentó en

relaciones sociales amplias fundamentalmente no democráticas e inclusive, anti-democráticas (Ibídem)

En América Latina, lo que subyace como base de la relación política son las formas valorativas arcaicas de cómo se concibe al otro, porque los principios que sustentaron el nacimiento de nuestras naciones tomaron como referencia la desigualdad colonial, donde la categoría de *raza* era el eje para la estratificación social. Los mismos prejuicios se trasladaron a las narraciones coparticipes de la identidad del Estado nacional, contradiciendo el discurso democrático moderno de las nuevas constituciones. La imposición de la imagen de nación reflejó así el proyecto político desarrollado por las élites criollas, el complejo fenómeno que Aníbal Quijano llama “Colonialidad del Poder”, un patrón de poder como resultado del control y subjetividad mundializada a partir de criterios eurocéntricos (2000).

Tales formas de la cultura política se siguen reproduciendo entre las elites latinoamericanas porque la formación del Estado nacional es un fenómeno de larga duración, por lo que en el caso latinoamericano, con menos de 200 años de existencia, apenas está siendo severamente cuestionado en sus valores fundacionales, claves para explicar su desigualdad histórica.

Y aunque los valores culturales de la colonia subyacen aún en la interpretación de las relaciones sociales y de poder en las nuevas naciones, en términos discursivos las élites criollas y sus descendientes - muchos de ellos perpetuando las oligarquías regionales-, se disputarían el modelo de nación cuyo eje era la relación de la nueva historia nacional con el pasado colonial. La forma en que se superaría y fijaría el pasado a través de “verdades de los hechos” es la base que diferencia a liberales y conservadores (PALACIO, 2009), identificados como tales entre la década de los 30 y 40 del XIX.

En medio de un gran debate por delimitar a cada grupo, en que las definiciones originarias pasaban por las apreciaciones ideológicas de sus respectivos contrincantes, y en medio de comportamientos “contradictorios” que no iban a tono con lo que se suponía era libera o conservador, se ha definido como conservadora a la corriente política afín de reproducir el *estatus quo* colonial, por tanto asociados con el dogma, lo estático y la intolerancia ante los cambios de la modernidad; los liberales, pasaron a ser representantes de la innovación institucional, la transformación económica, y el cambio de estatus social, consecuen-

temente intentaban superar el pasado colonial en las nuevas historias nacionales.

Aquí es necesario señalar que el *verdadero* conservadurismo latinoamericano se daba en la práctica de los poderes locales y regionales, cuyos dirigentes, la gran mayoría, poco se caracterizaban por su capacidad intelectual. Su poder fáctico era en el dominio de la economía y la política local.

En los diversos territorios diversificados a lo largo de la geografía van a intentar aislarse en un intento de preservar el control económico, político y social; el aislamiento provocará que se reproduzcan las costumbres más antiguas y se reaccione contra los cambios del centro (LYNCH, 2008). Estas regiones económicamente proveían de riqueza a los centros de las naciones; políticamente permitían la estabilidad del régimen nacional y socialmente controlaban mejor a la población y la mano de obra, por lo que se vuelven claves para los gobiernos centrales.

De esa manera el regionalismo será un factor determinante en las divisiones políticas, en las confrontaciones internas y externas de las naciones latinoamericanas e influirán necesariamente en la dinámica de construcción de una historia nacionalista conservadora.

Volviendo al debate intelectual, sin negar que en el bando intelectual y político conservador hubiera en los primeros años reivindicadores de la monarquía –inclusive en México apoyando el reinado del Emperador Maximiliano de Habsburgo en la década de los sesenta-, en realidad la república y la aspiración a un liberalismo económico definió al discurso de los gobernantes latinoamericanos. Más que definirlos como orquestadores del pasado colonial, concordando con Rafael Rojas (2009), los conservadores latinoamericanos deben considerarse en realidad, personajes frustrados de las primeras constituciones y repúblicas (como el proyecto de Bolívar), fracasadas por la guerra de facciones, los excesos del federalismo y la democracia; en menor o mayor grado, los pensadores de aquellos tiempo (José María Heredia, Andrés Bello, entre otros muchos), coincidían que para establecer un régimen nuevo y quizá alcanzar una república saludable, era menester la medida política, el orden legal y la virtud ciudadana (ROJAS, 2009).

Y aunque admiradores del régimen republicano, del federalismo y la democracia, las elites políticas nacionalistas hicieron la separación entre estos conceptos como “tipo ideal” y la práctica política de quienes se decían liberales radicales pero ponían a la nación en grave peligro de anar-

quía, la descomposición social y la dispersión regional.⁶ Propusieron las historias nacionalistas como fórmulas complementarias para preservar los valores políticos de la modernidad plasmados en las Constituciones y llegó el momento en que los horizontes liberal y conservador se mezclaron intelectualmente.

Como bien lo resalta Elías Palti, (2009), había que dar un salto cualitativo para crear el discurso que sustentara la nación para dar homogeneidad a la disolución social. La inspiración romántica – diríamos, darle todo, hasta la vida por una causa común, misma que se convertía en asunto individual-, que unió a todos, pero desbocó a la república, debía ser cuidadosamente superada por criterios racionalistas (PALTÍ, 2009).

Los criterios racionalistas, posteriores a los primeros experimentos republicanos, se sedimentaron en torno de una *ideología positivista*; el nuevo Estado-nacional, que se rebelaba contra la escolástica y la metafísica filosófica, dio frutos prácticos al pugnar por naciones nuevas sustentadas en la aspiración hacia el futuro; y en este proyecto coincidieron los liberales – que pretendían un progreso científico positivo- como los conservadores – que tendían a implementar dictaduras también de características científicas. (ABELLAN, 2009, pág. 84). El propio autor señala que uno de los rasgos positivistas de las nuevas naciones era fundar una moral de base científica identificada con el naturalismo (Ob. Cit. Pág. 85).

La construcción historiográfica de la nación se constituyó en el elemento del positivismo social. No fue difícil construir la historia nacional bajo esos parámetros, ya que una de las características que marcan a la intelectualidad criolla y sus herederos era la determinación *eurocéntrica*, mismo impulso que llevó a imaginar el positivismo como fundamento del nuevo orden:

Eurocentrismo es aquí, el nombre de una perspectiva de conocimiento cuya elaboración sistemática comenzó en Europa occidental antes de mediados del siglo XVII [...] y que en centurias siguientes se hizo mundialmente hegemónica recorriendo el mismo cauce del dominio de la Europa burguesa. Su constitución ocurrió asociada a la específica secularización burguesa del pensamiento europeo y a la experiencia y necesidades del patrón mundial de poder capitalista, colonial/moderno, eurocentrado, establecido a partir de América.

No se trata [...] de una categoría que implica a toda la historia cognoscitiva en toda Europa, ni en Euro-

pa Occidental en particular [...] no se refiere a todos los modos de conocer de todos los europeos y en todas las épocas, sino a una específica racionalidad o perspectiva de conocimiento que se hace mundialmente hegemónica colonizando y sobreponiéndose a todas las demás, previas o diferentes, y a sus saberes concretos, tanto en Europa como en el resto del mundo [...] (QUIJANO, 2000, pág. 11)

Bajo la inspiración positivista y con una visión eurocéntrica, las historias nacionalistas intentarían profundizar la fórmula republicana a través de una ideología cívica, en que el culto a la epopeya y a sus héroes independentistas era el eje, que además, evitaría el peligro de la revolución, siempre latente en Hispanoamérica y despreciada por las oligarquías brasileñas. Había que evidenciar la “verdad de los hechos”, es decir, usar el método científico en la historia, y para eso, se tomarían solo aquellos elementos *objetivos*, pero tal objetividad era determinada por las élites criollas, mismas que cargadas de valores coloniales, ahora “científicamente” creaban la verdad.

La gran narración se convierte en un hecho en sí mismo, en el espíritu “natural” de la nación. La oficialidad nacional rescata la historia natural por encima de la historia social, utilizando el mismo principio de los antiguos historiadores coloniales, que hablaban de la grandeza natural de las tierras, pasando a segundo plano la interpretación sobre los pobladores, que en la mayoría de las ocasiones, cernidos por el eurocentrismo, eran visto como salvajes, incultos e incivilizados. A partir de mediados del siglo XIX la historia se convirtió en un requisito para la vida colectiva, porque ella daría conciencia y orientaría la personalidad de lo público como lo privado en nuestros países (Zermeño, 2009 págs. 81-82).

El discurso nacionalista descansa sobre el anacronismo, porque el pasado y el presente se unieron bajo un solo principio, construir la nación y sobre todo, convertirla en la esencia de sus pobladores, surge entonces *la patria, la gran patria, la*

6 Florescano (2002) y Rojas (2009) coinciden en diferenciar, a través de un análisis hermenéutico, los primeros discursos republicanos – entre 1812 hasta los treinta-, con los discursos posteriores, mismos que reflejarán las contradicciones estaba imbuido en la pluralidad mítica, religiosa e ideológica cuyos valores articularon una lucha común de todos los grupos rebeldes contra la colonia; no implicaban rompimientos geopolíticos ni exclusión de grupos, pero al ser tan abarcador y no reivindicar contenidos más específicos – posicionamiento respecto a etnias, a grupos sociales, a poderes regionales-, fueron apropiadas por los liberales y conservadores de años posteriores con contenidos diversos.

patria grande, en cualquiera de sus acepciones, erguida antes que el individuo y sus particularidades de grupo.

La dinámica indígena fue tratada por el positivismo decimonónico fundamentalmente como víctima del “olvido”, dada la tendencia de las élites criollas a europeizar sus realidades, en que quedaban fuera aquellos hechos que avergonzaban el paso al progreso. (Zermeño, 2009) La historia nacionalista colocó un velo sobre la continua insurrección indígena desde la conquista, mencionando acaso ocasionalmente las luchas de Túpac Amaru II y TupacCatari a finales del siglo XVIII,⁷ oposición imposible de ocultar por ser las revoluciones más grandes de la época virreinal contra el orden de sobreexplotación de la mita, los tributos exagerados y la tiranía de los corregidores en Perú, que adquiriría características de revolución por la independencia, y que hasta nuestros días es parte fundamental de la memoria histórica del movimiento indígena contemporáneo.

Pero el positivismo también trastocó lo indígena mitificándolo; es el caso de México que se concibió como nueva nación heredera de una preexistente nación indígena; tal imagen alentó de mestizos e indígenas, que participaban activamente en las gestas revolucionarias, consiguiendo legitimar al Estado nación mexicano ante estas grandes capas populares. Junto a la reivindicación de *guadalupanismo* –versión mexicana de un catolicismo nacionalista–, funcionó como elemento aglutinador y evitó la insurrección popular (FLORESCANO, 2000, págs. 286-287)⁸

La historia nacionalista recibiría otra justificación “identitaria”, cuando al pasar el tiempo se planteó la necesidad de superar los esquemas positivistas, que aunque revolucionaron los esquemas intelectuales y sustentaron el discurso nacionalista, llevaba no sólo a la exaltación de la revolución industrial y sus países vanguardia, sino producía admiración “de actitudes, organizaciones y pautas de comportamiento” de los países anglosajones (ABELLAR, 2009, pág. 85).

En medio de varios significados que esto representaba, cabe destacar que se producía el acercamiento al liberalismo político más radical, sindicalismo, socialismo en Latinoamérica, que cuestionaría las dictaduras y el orden social antidemocrático. Comenzó una reacción de las elites oligarcas por el lado de atacar al modelo anglosajón como ajeno a la idiosincrasia y particularidad de América Latina.

Esta interpretación intelectual, si bien reivindicaba la necesidad de un pensamiento propio - que

alrededor de 1900 dará importantes frutos para el pensamiento latinoamericano en el nuevo siglo-, políticamente fue aprovechado por los ideólogos conservadores para poner distancia con las ideas “ajenas”; combinado lo anterior junto a la actitud imperial abierta de Estados Unidos, cobró fuerza un debate surgido anteriormente: *modelo ibérico versus modelo anglosajón*.⁹

El modelo anglosajón, asociado a la civilización moderna, ligado al desarrollo tecnológico y de infraestructura, fue interpretándose como un patrón que sobreponía la riqueza material sobre los principios del desarrollo humano, que además era acompañado por una religiosidad protestante, imposible de ser imaginada en estas latitudes, en que uno de los baluartes identitarios era precisamente la religión católica, erguida en muchos Estados como religión aglutinadora, por tanto oficial.

Del otro lado, el iberismo significaba la preservación de valores humanitarios, colectivos, que combatían –encabezados por los principios católicos–, la banalidad, el egoísmo y la avaricia. Era también un modelo civilizatorio “humano”. Sin embargo, las elites criollas se encontraban en una doble encrucijada. De un lado, el iberismo satisfacía sus necesidades ideológicas y espirituales, pero no lo hacía en cuanto a las necesidades económicas, ya que la estructura económica colonial era evidentemente atrasada respecto a Europa occidental y una de las razones por las que se buscó la autonomía: había una necesidad de diferenciarse de ese rasgo retardatario.

Por otro lado, también había una contradicción hacia los países anglosajones, con quienes había comercio evidente y se recibía inversión importante, pero al mismo tiempo, se rechazaba su modelo civilizatorio y protestante. Había irremediablemente la necesidad de relacionarse con

7 José Gabriel Condorcanqui y Julián Apaza Nina continuadores de la resistencia del último inca Tupac Amaru, ejecutado por los españoles en 1572, de quien recogen su nombre como símbolo de rebeldía indígena.

8 Pero la reivindicación quedó en el discurso; la realidad era otra, y cuando el indio exigía su protagonismo era reprimido por las oligarquías regionales e ilustradas. Así, en 1910 de nuevo indígenas y mestizos campesinos protagonizarían una nueva insurrección, que refundaría al Estado mexicano.

9 Como anteriormente se mencionó, en las ideas de la primera construcción del discurso republicano, donde se cuentan figuras como Simón Bolívar, no se pensaba en el rompimiento geopolítico; Estados Unidos era inspirador, junto a Inglaterra y Francia de la idea del orden nuevo; si acaso, la crítica a la actitud estadounidense se derivaba de su falta de compromiso con las nuevas repúblicas americanas, más no se le veía como enemigo.

la Europa pujante. La solución se fue perfilando a través de una, podría decirse, “tercera vía”, trabajada de atrás tiempo por otra potencia que había llegado tarde y marginalmente al continente americano, Francia.

Las repúblicas americanas representaban un laboratorio experimental de los principios creados por su revolución –aunque a esas alturas la nación europea quería olvidar su pasado revolucionario; reivindicaba el catolicismo y no era del todo protestante. A mediados del siglo XIX, representaba la imagen civilizatoria y sofisticada de occidente –pedantería que sería muy bien imitada, aunque la elite francesa no veía con buenos ojos a los barbaros americanos. Y sobre todo, bajo la lógica de buscar las inmanencias de identidad, con Francia se compartía la raíz lingüística y cultural del mundo “latino” –si bien en ambas regiones apenas se mascullaba algo que fue latino, como dice Gilberto Marras (19929).

Como último empuje de sustentación a las historias nacionalistas, en el afán de enfatizar más la diferencia respecto al norte y distanciarse de lo ibérico, se fue aceptando abiertamente la propuesta francesa – con evidente interés imperial-,¹⁰ de identificarse como herederos de los valores de la “latinidad” y compartir algo con la admirada aristocracia francesa. A partir de la década de los sesenta, “Latinoamérica” fue la denominación para reconocer la identidad propia de esta vasta región, que complementaba la identidad de las historias nacionalistas.

Para finalizar, siendo conscientes que muchos elementos hacen falta explorar en este tema necesario para abonar a la cultura democrática actual, señalamos a continuación aquellas características socioculturales y sociopolíticas del conservadurismo presente en la identidad nacional latinoamericana, en que algunos de ellos son legados coloniales que persisten hasta nuestros días.

- “Etnificación” de la historia (presencia de la Colonialidad del Poder).
- Homogeneización de rasgos culturales.
- Influencia de elementos atávicos de la iglesia (valores que no contribuyen a la madurez del ser humano).
- Pérdida de la memoria de quienes quedaron marginados, desde el momento en que se les arrebató el derecho de ser llamados como ellos mismos se denominaban.
- Personalismo (dependencia hacia un individuo para gobernar o para tener acceso a empleos, poder o estatus).

- Normas patriarcales y machistas en la organización familiar y social.
- Continuum (perpetuación de un individuo o partido político en el poder como mecanismo de protección ante lo nuevo).
- Clientelismo (relaciones patrón-cliente, padri-nazgos que vinculan al que no tiene poder con el potentado).
- Estado centralista, fuerte y autoritario
- Papel protagónico de militares en la sociedad.
- Monocultivo (dependencia de uno o varios productos básicos para la exportación y sostenimiento de la economía).

La característica extrema del conservadurismo, interpretado como obstaculizador de la transformación, es la visión estancada de la sociedad; a través de las historias nacionalistas y la construcción de una imagen solidificada de patria, se interpreta que cada Estado latinoamericano es el guardián de un grupo homogéneo de ciudadanos, que aunque diferenciados en clases sociales o hábitos de grupos, comparten en el fondo, indisolubles cualidades o bien algunos defectos, y por lo tanto, lleva a la tendencia al *todo o nada*. Un discurso que aún nos hace sentir afectados por el exterior, y su consecuencia, interpretarnos como victimizados. El reto es revertir la influencia de categorías homogeneizadoras y el anacronismo histórico para pensar sociedades heterogéneas, de múltiples necesidades y con propuestas para crear pactos sociales incluyentes.

Bibliografía

- Abelar, José Luis. *La idea de América*. Origen y evolución. Bonilla Artigas, México 2009 p. 69-85
- Florescano, Enrique. *Etnia, Estado y Nación*. Cd. de México: Taurus, 2004
- Fuentes, Carlos. *El espejo enterrado*. México: 1998 p. 277-294
- Gruzinski, Serge. *El Pensamiento mestizo. Cultura amerindia y civilización del renacimiento*. Barcelona: 2007

10 El llamado “panlatinismo” era una propuesta intelectual del canciller Michel Chevalier que pugnaba por la identidad común para justificar la intervención francesa directa, que inclusive impuso un soberano europeo en México, Maximiliano de Habsburgo, proyecto abortado estrepitosamente en 1867. Después del apaciguamiento de la guerra, estaban definidas grosso modo los poderes locales, las demarcaciones territoriales y Estados Unidos había arrebatado a México más de la mitad del territorio (ver Loza “Panorámica de la relación de México con Estados Unidos, autonomía y conflictos actuales” en Revista Economía Política e Historia Económica)

- Guiddens, Anthony. *La construcción de la sociedad*. Bases para la teoría de la estructuración. Buenos Aires. Amorrortu Editores. 1998
- Larrain, Jorge. *Identidad y Modernidad en América Latina*. México, Océano 2004
- Lynch, John. *Las Revoluciones hispanoamericanas*. 7ma edición. Barcelona. Ariel 2008
- Marras, Sergio. *América Latina marca registrada*. Buenos Aires: Grupo Editorial Zeta 1992
- Palacios, Guillermo. *La Nación y su historia. América Latina siglo XIX*. Cd. de México. Colegio de México, 2009
- Palti, Elias José. *La nación argentina entre el ser y el acontecimiento. La controvertida plasmación de una visión genealógica del pasado nacional*. In PALACIOS, Guillermo. *La Nación y su historia. América Latina siglo XIX*. Cd. de México. Colegio de México, 2009. Págs. 17- 37
- Quijano, Aníbal. *Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina*. In LANDER, Edgardo (comp). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO, 2000. p. 246. Disponible en <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/lander/quijano.rtf>. Acceso en 16 de agosto 2010.
- Recondo, Gregorio. *Identidad Integración y Creación Cultural en América Latina*. Argentina UNESCO Fundación Editorial de Belgrano, 1997 pp. 95-164
- Rojas, Rafael. *Las repúblicas del aire. Utopía y desencanto en la revolución de Hispanoamérica*. Cd. de México: Santillana, 2009
- Zermeño, Guillermo. *Apropiación del pasado, escritura de la historia y construcción de la nación en México*. In PALACIOS, Guillermo. *La Nación y su historia. América Latina siglo XIX*. Cd. de México. Colegio de México, 2009. Págs. 81- 113